

todavía fué más grande su dolor al ser arriado el glorioso pendon de Iguala para sustituirlo con la antipática bandera de las estrellas y de las barras.

Veinticuatro años despues en 8 de Setiembre de 1871, se fundó en México la asociacion del Colegio Militar con los individuos que allí hicieron sus estudios en diferentes épocas, y uno de sus primeros pensamientos fué consagrar un monnmento á sus compañeros que se batieron contra los americanos, pero las dificultades con que en nuestro país se tropieza con todo proyecto, debido á la falta de recursos, hizo que no pudiera llevarse á cabo sino hasta los años de 1880 y 1881, y esto por la proteccion que le dispensaron los señores presidentes D. Porfirio Diaz y D. Manuel Gonzalez.

El monumento está al pié del cerro de Chapultepec hácia la entrada princi-

pal. Es de mármol hermosísimo y está circundado de un elegante envejado de hierro pintado de blanco y oro. En la parte que ve al Poniente se leen los nombres de los muertos, que fueron: teniente Juan de la Barrera, alumnos Agustin Melgar, Francisco Márquez, Vicente Suarez (1), Fernando Montes

(1) En el discurso pronunciado en el bosque de Chapultepec el 8 de Diciembre de 1884 por el cabo del Colegio Militar, D. José T. de Cuellar, hoy empleado superior del Ministerio de Relaciones exteriores se refiere un episodio relativo al alumno D. Vicente Suarez.

"Perteneía, dice el Sr. Cuellar, por su pequeña estatura, á la 2.^a compañía; era delgado, nervioso y de constitucion delicada, pero de mirada viva y penetrante y de ánimo resuelto. Desde que comenzó el asalto, el fuego de fusilería se generalizó por todas las líneas. Yo me mezc é de mi órden en un peloton de seis soldados del batallion de San Blas, y me puse con ellos á hacer fuego en el pasillo ó grieta semicircular del mirador. De siete habíamos quedado cuatro; tres soldados de San Blas murieron á mis piés y despues de haber agotado el parque de mi cartuchera, una detonacion sobre mi cabeza me hizo volver la cara: el enemigo estaba á cinco pasos. En ese momento ví correr á Suarez con su pequeño fusil en la mano, á

de Oca y Juan Escutia.—Chapultepec, 13 de Setiembre de 1847.

Al Oriente aparecen los tres alumnos heridos, Andrés Mellado, Hilario Perez de Leon y Agustin Romero. Prisioneros, general coronel D. Mariano Monterde, director, capitán profesor D. Francisco Jimenez, tenientes D. Manuel Aleman, D. Agustin y D. Luis Diaz, *D. Fernando Poucel*, subtenientes *Ignacio de la Peza*, D. Amado Camacho, D. Luis Bannuet y D. Miguel Poucel, despensero D. Eusebio Llantadas. Al

tiempo que el primer americano bajaba la escalera. Suarez subió á su encuentro y con formidable golpe atravesó al enemigo por el estómago.

En vano busqué despues á Suarez. No supe de él, sino cuando se contaron los cadáveres [á los tres días en el cerro al lado Norte]. Si fueron aciagos y terribles los cuatro días de bombardeo al castillo, el descenso del Colegio Militar en masa fué espantoso. Al día siguiente cada sinuosidad, cada pequeña planicie de las rocas estaba señalada con grupos de cadáveres; es que había puntos en que, siendo imposible descender, no quedaba más recurso que elegir el género de muerte."

Sur se leen los nombres de los prisioneros pertenecientes á la 1.^a compañía, á saber: capitán D. Domingo Alvarado, tenientes D. José Espinosa y D. Agustin de la Peza, cabo D. *José T. de Cuellar*, tambor Simon Alvarez, alumnos Francisco Molina, Mariano Covarrubias, Bartolomé Diaz de Leon, Ignacio Molina, Antonio Sierra, Justino Garcia, Lorenzo Perez Castro, Agustin Camarena, Ignacio Ortiz, Manuel Ramirez Arellano, Carlos Bejarano, Isidro Hernandez, Estéban Zamora, Santiago Hernandez, *Ignacio Burgoa* y Ramon Rodríguez Arangoity, y en el lado que mira al Norte están los nombres de los prisioneros de la 2.^a compañía: teniente D. Joaquín Argaez, sargento 2.^o Teófilo Noris, corneta Antonio Noris, alumnos Joaquin Moreno, Pedro Banuet, Ignacio Valle, Francisco Lazo, *Antonio Pola*, Sebastian Trejo, Luis Delgado,

Ruperto Perez de Leon, *Cástulo García*, Francisco Morelos, Miguel Miramon (1), Gabino Montes de Oca, Luciano Becerra, Adolfo Unda, Manuel Diaz, Francisco Morelos, Vicente Herrera, Onofre Capelo, Magdaleño Ita y Emilio Laurent (2).

Diremos con el Sr. Roa Barcena: ¡noble y heroica juventud que, como primicias de su patriotismo, ofrecieron á México la libertad, la sangre ó la vida!

Durante el asalto de Chapultepec, el general Rangel seguía batiéndose en el hornabeque contra las fuerzas de Quitmann y Smith, y cuando más necesidad

(1) El alumno Miramon figura sólo como prisionero y el Sr. Daran lo considera entre los heridos. Algunos de sus compañeros que se batieron á su lado nos aseguran no haber recibido ninguna herida, pero ateniéndonos á la biografía que publica el Sr. Rivera Cambas, formada con presencia de la hoja de servicios del general Miramon, diremos que fué herido de posta en la cara.

[2] Los nombres que aparecen subrayados son de los alumnos que segun nuestros informes, viven en la actualidad.

tenía del cañon que enfilaba la calzada, se inutilizó lo mismo que los fusiles del batallon de Matamoros. El 3º Ligero fué á relevarlo, pero á ese tiempo se acababa de perder el castillo y los vencedores batían por la espalda á las tropas de Rangel.

Tambien desde el principio del ataque, el general Pillow colocó en la calzada de Anzúres para impedir que por el Norte se auxiliara á Chapultepec, al coronel Trousedale con los regimientos 11º y 14º y una seccion de la batería Magruder. Bien pronto esta fuerza trabó combate con los regimientos de granaderos y 1º ligero, que al mando del general Peña y Barragan estaban situados en la calzada de la Verónica al pié de Chapultepec. La resistencia fué heroica y segun confesion de Pillow, la artillería enemiga quedó terriblemente maltratada y herido el jefe de la co-

Humna, Trousdale. Su situación era desesperada y se salvó de una derrota completa por haber salido en su auxilio por la misma puerta del bosque el general Worth con la brigada Garland, el batallón ligero de Smith, parte de la batería de Duncan y tres escuadrones de caballería. Entonces, el general Peña, sufriendo el fuego del castillo, perdido el hornabeque, y viéndose rodeado por todas partes, consideró inútil toda resistencia que sólo conduciría al sacrificio de sus valientes, que podían seguir luchando en otro punto con mejor éxito y emprendió su retirada para la garita de Santo Tomás en el mejor orden posible, y á poco se le incorporó el general Rangel con 100 hombres del batallón de Matamoros, igual número del Mixto de Santa-Anna y parte del 3º Ligero.

En la defensa del hornabeque y la

Verónica se distinguieron mucho los generales Peña y Barragan, Rangel y los jefes Manero, Márquez, Echeagaray y Traconis.

Momentos ántes de la pérdida del hornabeque, el general Santa-Anna se retiró á México, no huyendo del peligro, sino para preparar la defensa de las garitas, y lo acompañaba el general Lombardini con el resto del 3º Ligero al mando del mayor Lazcano, el 4º Ligero, 11º de línea, guardia nacional Hidalgo (1) y Activo de Morelia.

Serían las diez de la mañana cuando el enemigo estaba triunfante, aunque con pérdidas muy sensibles para él, pues murieron el coronel Ramson, del 9º de infantería, el teniente coronel Baxter, el mayor Twigs, el capitán Van-Olinda

[1] Mandaba el Batallón Hidalgo D. Félix Galindo, que aún vive y está empleado en la secretaría de Relaciones exteriores.

y los tenientes Gantt y Rodgers; y fueron heridos los generales Pillow y Shields, el coronel Trousdale, los tenientes coroneles Johnston y Geary, el mayor Woods, tres capitanes, veinte tenientes y cuatro subtenientes.

El general Scott, como militar entendido, al ver retirar nuestras fuerzas, consideró que de la rapidez en sus operaciones dependería el buen éxito para la toma de México, y sin dar descanso á sus soldados, destacó inmediatamente al general Worth sobre la garita de Santo Tomás y al general Quitmann sobre la de Belen, quedando de reserva el general Pillow en Chapultepec.

Como los generales Peña y Lombardini aún no entraban á la capital dispuso el primero que sostuviera la retirada el batallon de granaderos con su comandante Manero, y el segundo hizo colocar en el puente de los insurgen-

tes al batallon activo de Moreliá. Su jefe, el coronel D. Joaquín Castro, acompañado de D. Antonio de Haro y Tamariz, D. Ignacio Comonfort, D. Juan José Baz y D. Vicente García Torres, ayudante del general Santa-Anna, hizo una defensa valerosa hasta concluir las municiones, replegándose luego en buen orden á la garita de Belen.

La columna Worth que marchaba sobre Santo Tomás componíase de la seccion Trousdale, las brigadas Garland, Clarke y Cadwallader y una batería de cañones de sitio. Parte de estas fuerzas ocuparon momentáneamente la hacienda de la Teja, incorporándose luego, á excepcion del 6º de infantería que vino á salir á la calzada de Belen uniéndose á la division Quitmann.

La fortificacion de Santo Tomás se encontraba desartillada y guarnecida por algunos cuerpos de dragones al

mando del general Torrejon Al llegar Peña y Rangel se ocuparon las alturas con infantes y para evitar que el enemigo atacase por retaguardia, el ayudante del general Santa-Anna, D. Vicente E. Manero, con peones de Casa Blanca, rancho de su propiedad situado entre la hacienda de la Teja y el Ceboillon, hizo violentamente una cortadura en el camino que de la calzada de la Verónica conduce por aquella finca á la iglesia de San Cosme, pero Worth no lo intentó y siguió de frente sobre Santo Tomás. Entónces los generales Peña y Torrejon salieron con el 3º de caballería á contenerlo, pero fué sin éxito, y regresaron llevando herido al jefe de ese cuerpo, teniente coronel Ramiro.

El enemigo se apoderó del panteon de los protestantes y las fuerzas mexicanas se retiraron en el mejor orden posible á la garita de San Cosme, cuya

portada y alturas inmediatas cubrieron. Worth, despues de recibir órdenes verbales del general Scott, que había llegado al mismo panteon, avanzó en persecucion de nuestras tropas y al llegar á la iglesia de San Cosme estableció dos obuses, que inmediatamente rompieron sus fuegos. La brigada Garland tomó por la derecha del acueducto, y la brigada Clarke por la izquierda con objeto de desalojar á los soldados que defendían las azoteas y flanquear la garita por sus dos costados.

El general Santa-Anna, satisfaciendo los deseos del general Rangel, envió de refuerzo á la garita de San Cosme dos compañías del 11º de infantería, el resto del 3º Ligero con su mayor Lazcano, un obús de á 24, dos cañones de á 6 y una culebrina de á 4.

Dos compañías del 1º Ligero al mando del general Peña y Barragan, situa-

das en un parapeto, hicieron retroceder al enemigo, pero reforzado éste cargó de nuevo, y fué preciso abandonarlo.

En esto se presentó el general Santa-Anna, que desde las cuatro de la mañana no se apeaba del caballo, y pudo observar con disgusto el desórden que reinaba en la garita. Dictó desde luego sus disposiciones, y los soldados reanimaron con su presencia. Las fuerzas fueron colocadas en la casa de Pinillos, á donde años despues tuvieron su habitacion los mariscales Forey y Bazaine, el convento de San Fernando y otros puntos inmediatos.

Parte de la brigada Clarke se desprendió de San Cosme y atravesando el rancho de Santa María, convertido hoy en una hermosa colonia, vino á aparecer por los potreros á donde hoy están situadas las estaciones de los ferrocarriles Central y Veracruz, es decir, entre

Nonoalco y la casa de D. Atilano Sanchez, esquina del Puente de Alvarado y Buenavista, queriendo amenazar la retaguardia del general Rangel, pero éste mandó al comandante Márquez que con el 1º Ligero, ocupara una casa fronteriza á aquel rumbo para observar y contener al enemigo, como en efecto lo hizo con buen éxito, segun lo dice en su parte el mismo general.

Entónces los americanos intentaron flanquear la izquierda de la garita, que tenía dos entradas. En la de la calzada interior de los arcos colocó el general Rangel cien infantes del 11º de línea, que rompieron inmediatamente sus fuegos sobre los asaltantes. La otra entrada era por la antigua calzada del Resguardo y para evitar que el enemigo penetrase por la casa del Molinito (1)

(1) En la antigua casa del Molinito existe hoy un jardin á donde se expenden plantas y semillas.

el citado general mandó romper la puerta á cañonazos y ordenó al coronel D. Luis Manuel de Herrera, penetrara á hacer un reconocimiento con una compañía del 3º Ligerero, pero esta fuerza no pudo entrar dispersándose demasiado. Entonces Rangel previno al teniente coronel Echeagaray que con el resto de su cuerpo ocupara las alturas de la misma casa del Molinito, lo cual ejecutó con valor y serenidad, pero ya era tarde.

La defensa y el ataque se hacían á quemarropa y pronto quedaron fuera de combate los artilleros y mulas de los trenes. Las municiones estaban agotadas, y ninguno de los defensores había tenido á su alcance el más mínimo alimento, ni una sola gota de agua con que apagar su sed, porque las diferentes maniobras desde la madrugada, y los rudos ataques, no lo habían permiti-

tido, y por otra parte el entusiasmo por la defensa de la patria era tan grande que nadie pensó en satisfacer las necesidades de la vida. Entonces se vió el sublime patriotismo del ejército mexicano, y el refinado egoísmo de millares de personas que en medio de tanto infortunio para el país, disfrutaban de toda clase de comodidades, viendo con la mayor indiferencia lo que pasaba.

Hemos dejado al general Quitman haciendo replegar el batallón activo de Morelia, del puente de los Insurgentes á la garita de Belen, y en seguida avanzó, yendo á la vanguardia los regimientos de Rifleros y Carolina del Sur, interpolados seis hombres bajo cada arco. A retaguardia marchaban el 2º de Pensilvania, 6º de infantería (procedente de la hacienda de la Teja) y el resto de las brigadas Shields y Smith. Toda la columna se dirigió resueltamente sobre

la garita, que fué asaltada y tomada cosa de las dos de la tarde.

Como se recordará estaba á cargo del general D. Andrés Terrés y la guarnecían los batallones activos 1º y 2º de México, Guanajuato y Morelia, y los de Inválidos y Guardia nacional de Lagos. Al acercarse el enemigo se le rompió el fuego de fusil y de cañon, pero el general Santa-Anna sin obrar de acuerdo con Terrés, ni participárselo siquiera, hizo algunas variaciones en la línea de defensa, que como era natural tenían que ser muy perjudiciales.

El general Terrés despues de haber combatido valerosamente se retiró con su gente á la Ciudadela, cuyas baterías y las del paseo de Bucareli no cesaron de disparar sobre las fuerzas de Quitmann, que no se atrevió á seguir adelante, manteniéndose en la garita y la arquería frente á la misma Ciudadela.

El general Santa-Anna se encontraba en aquellos instantes por el rumbo de San Cosme y al participársele el abandono de la garita de Belen vino inmediatamente á la Ciudadela con sus fuerzas de reserva. Allí encontró al general Terrés y sin oír explicaciones de ninguna clase, cegado por la cólera y la desesperacion, se arrojó sobre Terrés, dándole de latigazos en la cara; mandó además se le arrancasen las divisas y la espada y que fuera arrestado en la misma Ciudadela. Es muy sensible haya obrado de esta manera el general Santa-Anna, tan celoso de la dignidad del soldado, y al hablar de este punto el general Terrés en su parte al Ministerio de la Guerra, dice: "Mi resentimiento personal cedió ante la disciplina que ha sido siempre la norma de mi carrera militar. Yo no ví en aquel momento en S. E. más que al caudillo del

ejército nacional,» y el general Santa-Anna cuando volvió al poder en Abril de 1853, uno de sus primeros actos fué separar aquella injusticia, expidiendo un decreto para que se considerase al Sr. Terrés como general de brigada efectivo, con la antigüedad de 23 de Febrero de 1847, recompensando de esta manera los distinguidos servicios que prestó ese día en la batalla de la Angostura, y como ya había muerto, su viuda é hijas deberían disfrutar el montepío correspondiente.

Pasado el lance desagradable que acabamos de referir, mandó el general Santa-Anna se batiese la garita de Belén con el cañon situado en la fuente de la Victoria, encomendando esta operacion á su ayudante el coronel Carrasco, y á la vez D. Antonio de Haro y Tamariz discurrió colocar una pieza del otro lado de los arcos hacia la antigua

casa de ejercicios, convertida actualmente en cárcel nacional, con objeto de desalojar á los rifleros que parapetados en la arquería hacían fuego á la Ciudadela. El coronel Castro con unos cuantos soldados secundaba al Sr. Haro desde la azotea de la misma casa de ejercicios.

«El coronel Carrasco, dicen los autores de la obra «Apuntes para la historia de la guerra,» con solo dos artilleros y un puñado de paisanos, trasportaba la pieza en todas direcciones y aprovechaba perfectamente todos sus tiros, de manera que realmente equivalía á una batería completa. El valiente oficial que mandaba la pieza situada en las cercanías de Belén de las Mochas, por su parte hacía tambien muy buenas punterías, hasta que sucumbió víctima de su arrojo y patriotismo. El mejor elogio que puede hacerse de estos mili-

tares, es referirnos á lo que el general Quitmann asienta en su parte oficial, donde pone las siguientes palabras: *«Cuando yo creía haber vencido á los enemigos y arrojados de la garita recibían mis tropas una lluvia de fierro.»*

Sin embargo del valor desplegado por nuestros soldados, ningun resultado favorable se obtuvo, y una columna que intentó reocupar la garita de Belen, fué rechazada por la artillería enemiga, quedando Quitmann en pacífica posesion de aquel punto como á las cinco de la tarde.

Por el rumbo de San Cosme, el general Rangel despues de hacer poderosos esfuezos en la garita, tuvo que retirarse dejando tres cañones por falta de mulas, é hizo alto frente á la casa de los Pinillos, miéntras bajaban las fuerzas que allí había.

El general Santa-Anna dió orden

para que todas las tropas se concentrasen en la Ciudadela, incluyendo en ellas la seccion de 600 hombres que al mando del gobernador del Estado de México, D. Francisco Modesto de Olaguibel, había hostilizado al enemigo durante algunos días por Santa Fé y Rio Hondo.

Cosa de las siete de la noche entró á la Ciudadela el último soldado de la brigada Rangel, y el general Santa-Anna pudo observar la desmoralizacion en que se encontraban todos los cuerpos, sin poderse ya esperar nada bueno, pues como ya hemos dicho, no habían probado un solo bocado, y además se les adeudaban cuatro días de socorro.

A las ocho de la noche el general presidente reunió en un pabellon al oriente de la Ciudadela, al ministro de la Guerra Alcorta, al director de artillería, Carrera, á los generales Lombardini y

Perez, al Lic. Betancourt, á D. Domingo Romero y al Sr. Olaguíbel con objeto de pedirles su opinion, sobre si debía ó no continuar la defensa. El general Carrera, á quien secundaron despues sus compañeros Alcorta, Lombardini y Perez, dijo que la defensa no podía ser favorable, por la suma desmoralizacion y por haberse perdido una gran parte de la artillería y armamento. El Sr. Olaguíbel opinó porque se convocara una junta más numerosa en el palacio nacional con asistencia de los ministros y mayor número de generales, pero en nuestro concepto esa reunion demandaba algunas horas, y no había que perder un solo instante. Por fin, el general Santa-Anna dispuso se evacuara la capital, nombrando general en jefe del ejército al Sr. Lombardini, y 2.º en jefe á D. Francisco Perez.

El general Lombardini dió sus órde-

nes para la salida de las tropas, y la caballería al mando de D. Juan Alvarez marchó inmediatamente para San Cristóbal Ecatepec, lugar en que fué inmolado el ilustre caudillo Morelos, quedando en la Villa de Guadalupe el Regimiento de Húsares.

La infantería salió en cuatro secciones hácia la misma villa, por distintas calles, á fin de que no se estorbasen mutuamente. La 1.ª seccion compuesta de la guardia nacional de Toluca al mando de Olaguíbel, la 2.ª de los batallones de Lagos, Iturbide y Tula, á las órdenes del comandante Arroyo; la 3.ª con muchos piquetes de diferentes cuerpos al mando del general Martinez, y la 4.ª con los restos de los cuerpos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º ligero y 11.º de línea á las órdenes del general Perez.

Al terminar la junta de guerra se presentó el Sr. D. Ignacio Trigueros y

en su coche se llevó al general Santa-Anna á su casa, calle de Chavarría número 31. Allí se le sirvió una ligera cena á que concurrieron además algunos de sus ayudantes y amigos.

Muchas personas se presentaron en la casa del Sr. Trigueros, pocas á pretender continuara la defensa, y las más á suplicar acabara de evacuarse la ciudad porque se temían grandes desgracias y además porque no había de proporcionar la población ningunos recursos.

El general Santa-Anna despues de cenar se dirigió á la garita de Peralvillo, á donde estaba reuniéndose la infantería y como era natural hubo una desercion considerable.

A la una de la mañana del 14 de Setiembre se continuó la marcha para la villa de Guadalupe, quedando desguarnecida la ciudad y con el enemigo en

las garitas de Belen, San Cosme, convento de San Fernando y otros puntos inmediatos.



FCN... ETERIO
VALVERDE Y TELLEZ